



¿cómo lloran  
las personas  
que no pueden  
sentir nada?

# almendra

una novela de

won-pyung sohn

WON-PYUNG SOHN  
ALMENDRA

Traducción de Sunme Yoon

Título original:アーモンド (Almond)

© Won-pyung Sohn, 2017

C/o Barbara J Zitwer Agency, KL Management and SalmaiaLit

© por la traducción, Sunme Yoon, 2020

Edición de Andrés Felipe Solano

Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

Este libro está publicado con el apoyo del Instituto de Traducción Literaria de Corea (LTI Korea)

© Editorial Planeta, S. A., 2020

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-9998-791-0

Depósito legal: B. 3.388-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

*Printed in Spain* - Impreso en España

Todos los textos de los perfiles aquí recogidos son reales. La información personal de los usuarios ha sido modificada para proteger su privacidad.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ese día hubo un herido y seis muertos. Primero mamá y la abuela. Luego un estudiante universitario que quiso disuadir al hombre. A continuación, dos señores cincuentones que iban al frente de un grupo del Ejército de Salvación y un policía. Y, por último, el propio hombre. Se eligió a sí mismo como el destinatario final de sus cuchillazos indiscriminados. Se clavó el arma bien hondo en el pecho y, al igual que las otras víctimas, murió antes de que llegaran las ambulancias.

Como siempre, yo me quedé viendo todo lo que sucedía con cara inexpresiva.

El primer suceso ocurrió cuando yo tenía seis años. Los síntomas aparecieron mucho antes, pero fue entonces cuando la cosa salió a la luz. De todos modos, fue bastante más tarde de lo que había previsto mamá. Fue una negligencia de su parte, porque ese día no vino a buscarme al jardín de infancia. Según me contó después, estaba con mi papá, al que hacía años que no veía. Acariciando las paredes desvaídas del osario donde descansaban sus restos, le dijo que iba a olvidarlo. No había conocido a otro hombre, pero quiso decírselo de todos modos. Mientras ella le ponía de esta manera el punto final a su historia de amor, se olvidó por completo de mí, que era el fruto imprevisto de esa relación de juventud.

Después de que se marcharan los demás niños, salí tranquilamente del jardín. Todo lo que sabía a los seis años acerca de dónde estaba mi casa era que quedaba en algún lugar al otro lado del puente. Al llegar allí, saqué la cabeza por la barandilla. Abajo, los coches corrían veloces deslizándose sobre

el asfalto. De pronto me acordé de haberlo visto hacer en algún lado y junté toda la saliva que pude para darle a alguno de los coches que pasaban, pero la baba desapareció en el aire antes de llegar al suelo. Repetí la operación varias veces, absorbo en lo que ocurría, hasta que me sobrevino un mareo y me sentí como flotando.

—¿Qué haces, niño? ¡No hagas porquerías!

Levanté la vista y vi a una señora que me miraba mal. Sin embargo, siguió su camino como los coches deslizándose sobre el asfalto y volví a quedarme solo.

Para bajar del puente había escaleras en los cuatro costados, pero yo no sabía qué dirección tomar. De todos modos, el paisaje que se veía era igualmente gris y frío hacia ambos lados. Pasaron unas palomas sobre mi cabeza batiendo sus alas, así que decidí seguir las.

Cuando me di cuenta de que me había equivocado de camino, ya había ido demasiado lejos. En ese entonces, nos enseñaban en el jardín la canción *Hacia delante* y pensé, como decía la letra, que el mundo era redondo y que en algún momento llegaría a casa si iba siempre hacia delante, de modo que seguí moviendo sin descanso mis pequeños y torpes pies.

Un buen rato después, la avenida se convirtió en una calle estrecha y enfilada por casas viejas. No se veía a nadie. Sobre las paredes derruidas había pintados números desconocidos y leyendas en rojo que decían «Vivienda vacía».

De repente oí un grito quedo. ¿Había sido un «ah» o un «oh»? ¿Quizá un «aaah»? Como sea, había sido breve y bajo. Fui en dirección de donde procedía. El sonido se fue acercando, a veces como un «uuuh», otras como un «iiih». Sonaba tras la esquina y hacia allí fui sin vacilar.

Había un chico tirado en el suelo. No podía estimar su

edad, pero era de contextura pequeña. Sobre su cuerpo se cernían y se retiraban sin descanso unas sombras negras. Le estaban pegando. Los gritos cortos no provenían del chico, sino de las sombras que lo rodeaban. Sonaban a algún arte marcial. Estaban dándole patadas y arrojándole escupitajos. Después me enteré de que eran chicos de secundaria, pero en ese momento me parecieron adultos.

Al parecer, hacía rato que lo golpeaban, porque el chico tirado no se resistía ni se quejaba, sino que se zarandeaba hacia un lado y otro como un muñeco de trapo. Una de las sombras le dio un puntapié en el costado a modo de remate y a continuación desaparecieron todos. El chico estaba bañado en sangre como si le hubieran echado encima un tarro de pintura roja. Me acerqué. Tendría unos once o doce años, es decir, el doble de mi edad, pero no me pareció mayor, sino un niño como yo. Como un cachorro recién nacido, su pecho subía y bajaba con rapidez al ritmo de su respiración breve y frenética. Era evidente que corría peligro.

Volví sobre mis pasos. El callejón seguía desierto y lo único que veía eran las confusas leyendas rojas sobre las paredes grises. Después de deambular un buen rato, encontré una pequeña tienda de dulces y comestibles. Tras abrir la puerta corrediza, me dirigí al dueño:

—Señor...

En la televisión estaban poniendo *Diversión en familia*. El dueño se reía entre dientes mirando el programa y no parecía haberme oído. Los participantes jugaban a tratar de entender con los oídos tapados la frase que le decía la persona de delante para repetírsela a la de atrás. La frase que había que transmitir era «Muerto de miedo». No sé cómo me acuerdo todavía de aquello, ya que en ese entonces no tenía ni idea de lo que significaba. Como sea, una mujer joven había pro-

nunciado con voz fuerte y clara una frase totalmente diferente y eso provocó la hilaridad del público presente en el estudio y del dueño de la tienda. Al final se acabó el tiempo y el equipo de la mujer perdió el juego. El dueño se pasó la lengua por los labios como lamentando que hubiera terminado.

—Señor... —repetí.

—¿Sí? —dijo dándose la vuelta por fin.

—Hay alguien tirado en la calle.

—¿En serio? —respondió sin hacer mucho caso y acomodándose mejor.

En la televisión, los equipos se aprestaban a enfrentarse en una revancha que daba muchos puntos y podía revertir el resultado de la competencia.

—Se puede morir —le dije, toqueteando los caramelos que se exhibían en orden bajo la vitrina del mostrador.

—¿Sí?

—Sí, de verdad.

Justo en ese momento, giró de nuevo la cabeza hacia mí:

—Dices cosas terribles como si nada. ¿No te han enseñado que no se debe mentir?

Me quedé callado un momento buscando palabras que sonaran más convincentes, pero mi vocabulario no era lo que se puede decir muy amplio a los seis años. Como no se me ocurría otra cosa que sonara más real que lo que acababa de decirle, volví a decir:

—Se puede morir.



Pensé todo el tiempo en el chico tendido en el suelo frío. Pensé en él mientras el dueño de la tienda ponía la denuncia por teléfono a la policía y se quedaba viendo el programa hasta el final, también cuando me dijo que me fuera si iba a quedarme toqueteando los caramelos sin comprar nada y también mientras la policía se dirigía al lugar después de mil vueltas. Sin embargo, hacía ya rato que el chico estaba muerto cuando llegaron.

El problema fue que resultó ser el hijo del dueño de la tienda.

Me quedé sentado en un banco de la comisaría balanceando las piernas, que aún no me llegaban al suelo. Las movía de manera alterna y eso levantaba un vientecillo frío. Ya había entrado la noche y me moría de sueño. Justo cuando iba a dormirme, apareció mi mamá por la puerta de la comisaría.

Al verme, se puso a gimotear y a acariciarme la cabeza sin parar hasta que me dolió. Pero, antes de que se apaciguara su alborozo por haberme encontrado, volvió a abrirse la puerta y entró el dueño de la tienda. Llegó con la cara bañada en lágrimas y lanzando aullidos desgarradores mientras lo sostenían varios policías. Tenía una expresión completamente diferente a cuando estaba en la tienda viendo la televisión. Se dejó caer en cuclillas temblando y empezó a golpear el suelo con los puños. De pronto, se levantó de un salto y comenzó a gritar y a señalarme con el dedo. No podía entender todo lo que me decía, pero logré captar lo siguiente: «Si lo hubieras dicho de un modo más serio, no habría sido tan tarde». A su lado, un policía lo calmó diciéndole: «¿No ve que no es más que un niño?», y lo sostuvo cuando se dejó caer de nuevo al suelo.

No comprendía por qué me reprendía aquel señor. Yo era serio todo el tiempo. De hecho, jamás me reía ni me excitaba, de modo que no había ninguna razón para que me dijera aquello. Sin embargo, como era demasiado pequeño para expresarlo en palabras, me quedé callado. Fue mi mamá la que habló en mi lugar. En un abrir y cerrar de ojos, la comisaría se convirtió en un caos por los gritos del hombre que había perdido a su hijo y los gritos de la mujer que había encontrado al suyo.

Esa noche jugué con los bloques de construcción, como siempre. Hice una jirafa que se convertía en un elefante cuando le doblaba el cuello hacia abajo. A mi lado, mamá no dejaba de escrutarme.

—¿No tuviste miedo? —me preguntó.

—No —le respondí.

No sé cómo, pero muy pronto corrió el rumor de lo que pasó aquel día. Sobre todo, el hecho de que no se me movió un músculo de la cara a pesar de que vi a una persona morir a golpes. A partir de entonces, comenzaron a ocurrir las cosas que tanto preocupaban a mamá.

Todo se agravó cuando entré en la escuela primaria. Un día, una niña que caminaba delante de mí cuando salíamos de la escuela tropezó con una piedra y se cayó de bruces. Como me impedía el paso, me quedé esperando a que se levantara con la vista fija en el pasador de Mickey Mouse que sujetaba su pelo a la altura de la nuca. Sin embargo, la niña se quedó tirada en el suelo sin parar de llorar. De pronto apareció su madre y la ayudó a ponerse en pie.

—¿No sabes preguntarle a una compañera que se ha caído si no se ha hecho daño? Eres peor de lo que me han contado —dijo la madre mirándome enfadada.

No se me ocurrió qué contestarle, así que me quedé con la boca cerrada. Los chicos se arremolinaron alrededor de nosotros al percatarse de que había pasado algo y sus cuchicheos llegaron hasta mis oídos. No podría asegurarlo, pero creo que repetían lo que me acababa de decir la madre de la niña. La que me salvó de aquella situación fue mi abuela. Apareció de la nada, como Wonder Woman, y me alzó en sus brazos.

—No hable sin saber. Su niña tropezó por accidente, ¿por qué le echa la culpa a mi nieto?

Después de arremeter ásperamente contra ella, no se olvidó de darles su merecido también a los chicos:

—¿Qué estáis mirando? ¿Os parece divertido? ¡Fuera de aquí, mocosos!

Cuando nos alejamos del gentío, alcé la vista para mirar a mi abuela. Tenía los labios fuertemente apretados.

—Abuela, ¿por qué dicen todos que soy raro?

Borrando la mueca de su boca, me respondió:

—Será porque eres especial. La gente no soporta a los que son diferentes. ¡Ay, mi hermoso monstruito!

Al decirme esto, me abrazó con tanta fuerza que me hizo daño en las costillas. Ya me habían llamado «monstruo» alguna vez, pero ella era la única que me lo decía sin darle un sentido negativo.